

TEOLOGÍA DE LA PROSPERIDAD. EL PELIGRO DE UN "EVANGELIO DIFERENTE"

El presente artículo pretende analizar la propuesta denominada “teología de la prosperidad”, vinculada al anhelo del “sueño americano” y propagada por todo el mundo. Analiza su origen y sus peligros alertándonos sobre estos y su relación con la teología neoliberal que oscurece el evangelio de Cristo.

‘Teologia della prosperità. Il pericolo di un “vangelo diverso”’ La Civiltà Cattolica 4034 (2018), 105-118.

“Teología de la prosperidad” es el nombre más conocido y descriptivo de una corriente teológica neopentecostal evangélica. El núcleo de esta teología es la convicción de que Dios quiere que sus fieles tengan una vida próspera, esto es, que sean ricos desde el punto de vista económico, saludables en el aspecto físico e individualmente felices. Este tipo de cristianismo coloca el bienestar del creyente en el centro de la oración y hace de su Creador alguien que realiza su pensamiento y su deseo.

El riesgo de esta forma de antropocentrismo religioso, que se centra en el hombre y su bienestar, es transformar a Dios en un poder a nuestro servicio, la Iglesia en un supermercado de la fe y la religión en un fenómeno utilitarista y eminentemente sensacionalista y pragmático.

Esta imagen de prosperidad y bienestar se refiere al llamado “sueño americano”. No se identifica

exactamente con este, sino con una interpretación reductiva del mismo. La “teología de la prosperidad” sigue el ejemplo de esta visión, pero la traduce mecánicamente a términos religiosos, como si la opulencia y el bienestar fueran el verdadero signo de la predilección divina a “conquistar” mágicamente con la fe. Esta “teología” se ha generalizado (gracias también a las campañas gigantescas de los medios de comunicación) en todo el mundo durante décadas por parte de movimientos evangélicos y ministros, especialmente neo-carismáticos. El propósito de nuestra reflexión es ilustrar y evaluar este fenómeno, que también pretende ser un intento de justificar la teología del neoliberalismo económico que “oscurece el evangelio de Cristo”.

La difusión en el mundo

El “evangelio de la prosperi-

dad” se ha extendido no solo en los Estados Unidos, donde nació, sino también en África, especialmente en Nigeria, Kenia, Uganda y Sudáfrica. En Kampala hay un gran estadio cubierto, el Miracle Center Cathedral, cuya construcción costó siete millones de dólares. En Asia, el “evangelio de la prosperidad” ha tenido un gran impacto, especialmente en la India y Corea del Sur. En este último país, en la década de 1980, hubo un fuerte movimiento indígena vinculado a esta corriente teológica según el cual los creyentes, a través del desarrollo de visiones y sueños, podrían llegar a controlar la realidad y obtener cualquier tipo de prosperidad inmanente.

También estamos presenciando un arraigo en la República Popular China, gracias a las “Iglesias de Wenzhou”, una comunidad originada por varios empresarios locales vinculada al movimiento de la “teología de la prosperidad”.

Fue en 1980 cuando la difusión y propagación de esta teología en América Latina se produjo de manera exponencial, aunque sus raíces se remontan a los años 40 y 50. Este fenómeno religioso se traduce, desde el punto de vista de los medios, en el uso de la televisión por parte de figuras muy carismáticas de algunos pastores, titulares de un mensaje simple y directo. Todo ello es montado en torno a un espectáculo de música, salpizado de testimonios y siguiendo una lectura fundamentalista y pragmática de la Biblia. América Central,

Guatemala y Costa Rica probablemente se convertirán en los dos principales baluartes de esta corriente religiosa. Costa Rica es el hogar del canal de televisión por satélite evangélico TBN-Enlace.

En América del Sur, la difusión más significativa ocurrió en Colombia, Chile y Argentina, pero Brasil, sin duda, merece una consideración especial, porque tiene su propia dinámica y un movimiento pentecostal nativo como la “Iglesia universal del Reino de Dios”. Este grupo, también llamado “Pare de sufrir”, tiene ramificaciones en toda América Latina. Basta con analizar el anuncio de la “Iglesia universal” brasileña para encontrar un mensaje fuerte de prosperidad y bienestar, vinculado a la asistencia personal de sus templos para recibir múltiples beneficios.

Este “evangelio” es promovido por una presencia masiva en los principales medios de comunicación, y es sostenido por su fuerte impacto en la vida política.

El origen del movimiento y el sueño americano

Si buscamos los orígenes de estas corrientes teológicas, las encontramos en los Estados Unidos, donde la mayoría de los investigadores de la fenomenología religiosa estadounidense los remontan al pastor de Nueva York Esek Willam Kenyon (1867–1948). Argumentó

que las realidades materiales concretas se pueden cambiar a través del poder de la fe. Pero la conclusión directa de esta creencia es que la fe puede conducir a la riqueza, a la salud y al bienestar, mientras que la falta de fe conduce a la pobreza, la enfermedad y la infelicidad. La teóloga Kate Ward escribió sobre la influencia de Adam Smith, especialmente sobre su “teoría de los sentimientos morales”. Muestra cómo la compasión, para Smith, no concierne a los pobres, sino a la admiración de quienes han tenido una historia de éxito.

Estas doctrinas han sido correlacionadas y alimentadas en gran medida también por el “pensamiento positivo”, una expresión del *American way of life* (la “forma de vida estadounidense”). En este sentido, Alexis de Tocqueville afirmaba que esta forma de vida también determina la religión de los estadounidenses.

En su discurso sobre el estado de la Unión, del 30 de enero de 2018, el presidente Donald Trump, para describir la identidad del país, dijo: “En Estados Unidos, sabemos que la fe y la familia, no el gobierno y la burocracia, son el centro de la vida estadounidense. El lema es: “Confiamos en Dios”. Y celebramos nuestras convicciones, nuestra policía, nuestro ejército y los veteranos como héroes que merecen nuestro apoyo total y constante”. En unas pocas frases, por lo tanto, aparecen Dios, el ejército y el sueño americano.

Las “mega iglesias” del “evangelio diferente”

Un impulso fundamental a estas ideas de “prosperidad evangélica” fue dado por el llamado “Movimiento de la fe”, que tuvo como principal mentor al pastor, auto-proclamado “profeta”, Kenneth Hagin (1917-2003). Una de las características de Hagin fueron las visiones recurrentes, que lo llevaron a dar una interpretación singular de algunos textos muy conocidos de la Biblia. Este es el caso, por ejemplo, de Mc 11, 23-24, donde se nos dice que lo que se pida en la oración se crea ya conseguido y será concedido. Estos dos versos son para Hagin los pilares de apoyo de “la teología de la prosperidad”.

Tanto Kenyon como Hagin entendieron que la comunicación masiva era una herramienta fundamental para la rápida difusión de sus enseñanzas. En Estados Unidos, millones de personas visitan regularmente “mega-iglesias” que difunden estas teologías de la prosperidad. Los predicadores, profetas y apóstoles inscritos en esta rama extrema del neopentecostalismo han ocupado cada vez más espacios importantes en los medios de comunicación, publicando una enorme cantidad de libros que rápidamente se han convertido en *best-sellers*, y dando conferencias que muy a menudo se extienden a millones de personas, con todos los medios disponibles de internet y redes sociales.

Nombres como Oral Roberts, Pat Robertson, Benny Hinn, Robert Tilton, Joel Osteen, Joyce Meyer y otros han aumentado su popularidad y riqueza al profundizar, enfatizar y exacerbar este evangelio. Joyce Meyer afirma que su programa de televisión “Cómo disfrutar de la vida cotidiana” llega a dos tercios del mundo a través de la radio y la televisión y se ha traducido a 38 idiomas.

Lo que está absolutamente claro es que el poder económico, mediático y político de estos grupos, que generalmente llamamos “evangélicos del sueño americano”, los hace mucho más visibles que el resto de las Iglesias evangélicas, incluso las de la línea pentecostal clásica. Además, su crecimiento es exponencial y directamente proporcional a los beneficios económicos, físicos y espirituales que prometen a sus seguidores: todas las bendiciones están muy alejadas de las enseñanzas de una vida de conversión típica de los movimientos evangélicos tradicionales.

Aunque han surgido y luego pasado a través de varias denominaciones, estos movimientos han recibido no pocas críticas incluso de los grupos de esas Iglesias carismáticas que han mantenido su religiosidad evangélica basada en milagros, profecías y señales. Muchos sectores evangélicos tradicionales (bautistas, metodistas, presbiterianos ...) y otros recientes han criticado duramente estos movimientos, hasta el punto de llamar

a lo que proclaman “un evangelio diferente”.

El bienestar económico y la salud

Los pilares del “evangelio de la prosperidad” son sustancialmente dos: bienestar económico y salud. Este énfasis es el resultado de una exégesis literal de algunos textos bíblicos que se utilizan dentro de una hermenéutica reduccionista. El Espíritu Santo está limitado a un poder puesto al servicio del bienestar individual. Jesucristo abandonó su papel como Señor para convertirse en deudor de cada una de sus palabras. El Padre se reduce a una especie de botones cósmico que trata con las necesidades y deseos de sus criaturas.

En los predicadores de este evangelio, la “palabra de fe” pronunciada por ellos se traslada al lugar que tradicionalmente ocupaba la Biblia en el movimiento evangélico como norma de fe y conocimiento, hasta el punto de elevarla al poder y al efecto de la palabra apostólica “ungido”. Hablar en nombre de Dios de una manera directa, concreta y específica le da a la “palabra positiva” un sentido creativo que es capaz de garantizar que las cosas sucedan, si aquellos que los asisten no los obstaculizan con su falta de fe. Al mismo tiempo, enseñan que, siendo una “confesión de fe”, los seguidores son responsables, con sus palabras, de lo que les sucede, ya sea

la bendición o la maldición económica, física, generacional o espiritual.

El tema de la salud juega un papel predominante en la “teología de la prosperidad”. En estas doctrinas, es la mente la que debe concentrarse en las supuestas leyes bíblicas, que luego producen el poder deseado a través del lenguaje.

Hay una falta total de empatía y solidaridad por parte de los miembros. No hay compasión por las personas que no son prósperas, porque claramente no han seguido las “reglas” y, por lo tanto, viven en el fracaso y no son amadas por Dios.

Un dios de “pactos” y “semillas”

Una de las características de estos movimientos es el énfasis puesto en el “pacto” firmado por Dios con su pueblo, principalmente los pactos con sus patriarcas. De modo que el texto del pacto con Abrahán tiene un lugar central, en el sentido de la prosperidad asegurada. La lógica de este concepto del “Dios de los pactos” es que, como los cristianos son hijos espirituales de Abrahán, también son herederos de derechos materiales, bendiciones financieras y ocupaciones territoriales. Más que un pacto bíblico, parece ser un contrato.

En estas teologías, la pertenencia filial de los cristianos como hi-

jos de Dios se reinterpreta como la de los “hijos del rey”: una filiación que otorga derechos y privilegios monárquicos, sobre todo materiales a quienes la reconocen y la proclaman.

En esta teología, otro aspecto central, e íntimamente relacionado con el anterior, es el principio de “sembrar”. El texto de referencia clásico es Gal 6,7: “Cada uno recogerá lo que ha sembrado”. También Mc 10,29-30: “Jesús respondió: Os aseguro que todo el que por mi causa y por causa del evangelio deje casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o tierras, recibirá ya en este mundo cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, aunque con persecuciones; y en el mundo venidero recibirá la vida eterna”.

La prosperidad material, física y espiritual encuentra uno de sus textos favoritos en v. 2 de la Tercera carta de Juan: “Querido hermano, pido a Dios que, así como te va bien espiritualmente, te vaya bien en todo y tengas buena salud”. En el Antiguo Testamento, el texto de referencia es Dt 28,1-14.

En última instancia, el principio espiritual de sembrar y cosechar, a la luz de una interpretación evangélica completamente sacada de su contexto, es que la entrega es ante todo un hecho económico, que se mide en términos de retorno de la inversión. Así, olvidamos lo que leemos inmediatamente después de Gal 6,7 (“Lo que se siembra, eso mismo se cosecha”), a saber: “El

que siembra la semilla de sus malos deseos recogerá una cosecha de muerte; el que siembra la semilla del Espíritu, del Espíritu recogerá una cosecha de vida eterna” (v. 8).

El pragmatismo y el orgullo del éxito

El “evangelio” descrito se asimila fácilmente en las sociedades modernas, en las que la legitimidad de lo sobrenatural requiere una verificación experimental. El pragmatismo del éxito requiere simples propuestas de fe. La urgencia de una vida próspera y sufriente se adapta a una religiosidad específica del cliente, y el *kairos* del Dios de la historia se adapta al frenético *kronos* de la vida actual. En última instancia, estamos hablando de un dios concebido a imagen y semejanza de las personas y sus realidades, y no de acuerdo con el modelo bíblico.

En algunas sociedades donde la meritocracia se ha hecho coincidir con el nivel socioeconómico sin tener en cuenta las enormes diferencias de oportunidades, este “evangelio”, que enfatiza la fe como “mérito” para ascender en la escala social resulta injusto y radicalmente antievangélico.

En general, el hecho de que haya riqueza o beneficios materiales recae una vez más en la exclusiva responsabilidad del creyente y, en consecuencia, su pobreza o falta

de bienes también. La victoria material coloca al creyente en una posición de orgullo debido al poder de su “fe”. Por el contrario, la pobreza lo carga con una culpa doblemente insoportable: por un lado, considera que su fe no puede mover las manos providenciales de Dios; y, por otro lado, que su situación miserable es una imposición divina, un castigo inexorable aceptado con sumisión.

¿Una teología del sueño americano?

Esta teología es claramente funcional a los conceptos político-económicos filosóficos de un modelo de corte neoliberal. Una de las conclusiones de algunos exponentes de esta teología es de naturaleza geopolítica y económica, vinculada al país de origen de la “teología de la prosperidad”. Esto lleva a la conclusión de que Estados Unidos ha crecido bajo la bendición del Dios providente del movimiento evangélico. En cambio, los habitantes del territorio que va del Río Bravo al Sur se han hundido en la pobreza precisamente porque la Iglesia Católica tiene una visión opuesta, diferente, que “exalta” la pobreza.

En realidad, uno de los problemas serios que trae consigo la “teología de la prosperidad” es su efecto perverso sobre los pobres. De hecho, no solo exacerba el individualismo y rompe el sentido de solidaridad, sino que también empu-

ja a las personas a tener una actitud milagrosa, por lo que solo la fe puede traer prosperidad, no compromiso social y político.

Entonces, el riesgo es que los pobres que permanecen fascinados por este pseudo-evangelio permanezcan enredados en un vacío político-social que fácilmente permite que otras fuerzas den forma a su mundo, haciéndolos inofensivos e indefensos. El “evangelio de la prosperidad” nunca es un factor de cambio real, que sin embargo es fundamental en la visión que es propia de la doctrina social de la Iglesia.

“La salvación no es una teología de la prosperidad”

Desde el comienzo de su pontificado, Francisco tuvo en mente el “evangelio diferente” de “la teología de la prosperidad” y, criticándolo, aplicó la doctrina social clásica de la Iglesia. Repetidamente ha resaltado sus peligros. La primera vez tuvo lugar en Brasil, el 28 de julio de 2013. Al dirigirse a los obispos del Consejo Episcopal Latinoamericano, señaló el “funcionalismo” eclesial, que realiza “una especie de teología de la prosperidad en el aspecto organizativo de la pastoral”. De este modo, la Iglesia tiende a asumir “modalidades empresariales” que son aberrantes y se alejan del misterio de la fe. Hablando nuevamente a los obispos, esta vez de Corea en agosto de 2014, Francisco citó a Pablo

(1 Cor. 11,17) y a Santiago (2,1-7), quienes reprendieron a las iglesias que viven de tal manera que los pobres no se sienten en su casa. “Ésta es una tentación a la prosperidad”, comentó.

Las referencias a “la teología de la prosperidad” también son reconocibles en las homilías de Francisco en Santa Marta. El 5 de febrero de 2015, el Pontífice dijo claramente que “la salvación no es una teología de la prosperidad”, sino que “es un regalo, el mismo regalo que Jesús había recibido para otorgarlo”. Y el poder del Evangelio es “expulsar a los espíritus inmundos para liberar, para sanar”. De hecho, Jesús “no da el poder para maniobrar o hacer grandes obras”.

Francisco lo repitió, nuevamente en Santa Marta, el 19 de mayo de 2016. Algunos, dijo, creen “en lo que se llama la “teología de la prosperidad”, es decir, Dios te hace ver que eres justo si te da tanta riqueza”. Pero “es un error”. Para hacerse comprender mejor, el Papa recordó el episodio evangélico del “joven rico, a quien Jesús amaba, porque era justo”; él “era bueno, pero unido a las riquezas, y estas riquezas para él se han convertido en cadenas que le han quitado la libertad de seguir a Jesús”.

La visión de fe propuesta por la “teología de la prosperidad” está en clara contradicción con la concepción de una humanidad marcada por el pecado y con la ex-

pectativa de una salvación escatológica, vinculada a Jesucristo como salvador y no al éxito de sus propias obras. Encarna una forma peculiar de pelagianismo de la que Francisco ha advertido a menudo. De hecho, escribió, en la exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, que hay cristianos comprometidos en seguir el camino “de la justificación por su propia fuerza, la de la adoración de la voluntad humana y de su propia capacidad, que se traduce en complacencia egocéntrica y elitista sin amor verdadero». Se manifiesta en muchas actitudes aparentemente diferentes y, entre ellas, “la atracción por la dinámica de la autoayuda y la realización autorreferencial” (n. 57).

La “teología de la prosperidad” también expresa la otra gran herejía de nuestro tiempo, que es el “gnosticismo”: afirma que con los poderes de la mente es posible moldear la realidad. Como escribe Francisco en *Gaudete et exultate*, el gnosticismo por su propia naturaleza quiere domesticar el misterio de Dios y su gracia. En cambio, “Dios nos supera infinitamente,

siempre es una sorpresa y no somos nosotros quienes determinamos en qué circunstancia histórica la encontramos, ya que el tiempo, el lugar y la manera del encuentro no dependen de nosotros”. Una fe utilizada para manipular mental y psíquicamente la realidad “pretende dominar la trascendencia de Dios” (n. 41).

El “evangelio de la prosperidad” está muy lejos de la invitación de san Pablo que leemos en el pasaje de 2 Cor 8, 9-15: “Porque ya sabéis que nuestro Señor Jesucristo, en su bondad, siendo rico se hizo pobre por causa vuestra, para que por su pobreza fuerais vosotros enriquecidos” (v. 9). Y también está muy lejos de la profecía positiva y luminosa del sueño americano que ha sido una inspiración para muchos. La “teología de la prosperidad” está, por lo tanto, lejos del “sueño misionero” de los pioneros estadounidenses, y más aún del mensaje de predicadores como Martin Luther King y del contenido social, inclusivo y revolucionario de su memorable discurso “Tengo un sueño”.

Tradujo y condensó: Manu Andueza